

5. Mientras se preparaba este viaje de Araoz sobrevino en Valladolid la terrible desgracia, tan conocida en nuestra historia, y que había de tener importantes consecuencias para aquella ciudad y para toda la monarquía. El 9 de Julio dió á luz la princesa D.^a María al niño que, con el tiempo, había de adquirir triste celebridad con el nombre de el príncipe D. Carlos, y tres días después, el 12 de Julio, murió de sobreparto. Dolorosísimo fué este golpe para toda España, y en especial para el joven príncipe D. Felipe, que se veía viudo á los diez y ocho años. El P. Fabro juzgó conveniente escribir una carta consolatoria al padre de la difunta, al gran bienhechor de la Compañía, Juan III. «¡Quién pudiese escribir, le dice, las lágrimas que están en esta corte y en esta villa de Valladolid! Cosa sería para nunca acabar y para aumentar la pena de Vuestras Altezas..... Han sido tantas las voces deste palacio, que parecía que toda España se finaba, y como si no quedara en esta vida vía ninguna para poderse consolar las personas» (1). Juntamente con esta sincera expresión de su dolor, comunicaba Fabro al rey de Portugal las razones sobrenaturales de consuelo, únicas que pueden confortar al hombre en tan graves calamidades.

6. Esta acerba desgracia dió ocasión á Felipe II para trasladarse con toda la corte á Madrid, lo cual se ejecutó poco tiempo después. El P. Fabro hubo de seguir á la corte, y en el otoño de 1545 le hallamos trabajando apostólicamente en la nueva capital (2). Llevaba muy grato recuerdo de los valisoletanos, como lo manifiesta en carta escrita al P. Simón Rodríguez. «Iremos á Madrid con la corte, le dice, si Dominus voluerit..... En ninguna parte, entrando en la cuenta París, Roma y Parma, tuve conocimiento con tantas personas para en cuanto la conversación espiritual, como aquí en Valladolid» (3). Tan sorprendente era el fruto recogido en esta ciudad, que llegó á espantarse de tan feliz éxito el mismo Fabro, y buscando la causa de tantas maravillas, creyó hallarla en las tribulaciones que padeció San Ignacio mientras estudiaba en estas tierras (4). Ésta misma idea

(1) *Cartas.... del B. P. Fabro*, t. 1, p. 271.

(2) No he podido averiguar el día preciso en que Fabro salió de Valladolid. La última carta suya escrita en esta ciudad, lleva la fecha del 11 de Setiembre. (*Vide Cartas.... del B. P. Fabro*, t. 1, p. 278.) La siguiente está fechada en Madrid á 10 de Noviembre. (*Ibid.*, p. 281.) Probable es, pues, que Fabro se trasladase á Madrid por Octubre de 1545.

(3) *Ibid.*, p. 278.

(4) Polanco, *Hist. S. I.*, t. 1, p. 163.

la repitieron algunos otros de nuestros antiguos Padres. Según estos sencillos y santos varones, el P. Ignacio había sembrado la palabra de Dios entre persecuciones y amarguras en Alcalá y Salamanca, y ahora venían sus indignos hijos á recoger el fruto con que Dios recompensaba los antiguos trabajos de su buen Padre. ¡Singular filosofía de la historia, que hará sonreír á los incrédulos, pero que es la pura verdad, como lo saben los que tienen fe y conocen los caminos por donde suele Dios llevar á sus escogidos! Como era de suponer, en medio de tanto fruto espiritual, brotaron muchas vocaciones á la Compañía. Entre los numerosos pretendientes que se presentaron, escogió Fabro algunos que, con otros enviados de Coimbra, formaron los dos colegios de Valladolid y Alcalá. En el capítulo siguiente explicaremos este punto. Por ahora, sigamos las tareas apostólicas del P. Fabro. Trasladado á la nueva corte, continuó sin variar un punto los oficios de celo y caridad que había empezado en Valladolid. Y no se contuvo su celo en el recinto de Madrid. Según se infiere de sus cartas (1), hizo una excursión de diez días á Toledo, se detuvo algún tiempo en Illescas, y visitó también á las villas de Ocaña, Yepes, Alcalá y á otros puestos importantes en las cercanías de la nueva corte, despertando en todas partes los corazones al servicio de Dios, y gozándose de ver lo bien que correspondía el terreno á la semilla de la palabra divina. En todas las cartas de este santo misionero se siente, por una parte, el copioso fruto con que Dios bendecía sus trabajos, y por otra, la aptitud singular que mostraba el país para las cosas del divino servicio. «Hasta ahora, dice en una carta, se nos han descubierto tantos caminos y vías para hacerse obras y obreros en Castilla, que ya me parece que no hay en el mundo lugar donde fuese más razón de allegar mucha gente que por acá, y sobre todo en Toledo» (2).

7. Abrumado por las muchas ocupaciones que se le ofrecían en la corte, escribió Fabro á su compañero el P. Araoz, que entonces se hallaba en Valencia, rogándole que abreviase la visita de los colegios y acudiese pronto á Madrid. Obedeció á este llamamiento el interpelado, y llegó á la corte á mediados de Febrero de 1546 (3). Reunido con su compañero, continuó algún tiempo trabajando á su lado; pero pronto hubieron de separarse ambos Padres para no verse más en

(1) *Vid.*, *Cartas.... del B. P. Fabro*, t. 1, p. 282-286.

(2) *Ibid.*, p. 279.

(3) *Vid. Epistolae mixtae*, t. 1, p. 249. *Cartas.... del B. P. Fabro*, t. 1, p. 291.

la tierra. Habíase comenzado poco antes el Concilio de Trento, y Paulo III, deseando enviar como teólogos suyos á tres Padres de la Compañía, mandó á San Ignacio que escogiese entre sus hijos á los tres que le pareciesen más aptos para este delicado ministerio. La elección de Ignacio recayó en los PP. Fabro, Laínez y Salmerón. Los dos últimos, que estaban en Italia, pudieron ponerse luego en camino para Trento. Á Fabro se escribió que se dirigiese á Roma, visitando de paso los colegios de Gandía, Valencia y Barcelona. Recibida esta carta, despidióse Fabro del P. Araoz, dejando en sus manos el gobierno de la Compañía en las provincias de España (1). Salió de Madrid el 20 de Abril (2); detúvose en Valencia algunos días, en los cuales predicó tres sermones, y desde allí se encaminó á Gandía.

Tratábase entonces de empezar la construcción del nuevo colegio, y el santo duque Francisco de Borja, aprovechando la venida de Fabro, quiso que él pusiese la primera piedra del edificio. Así se hizo con devota solemnidad (3). Terminada esta piadosa ceremonia, salió Fabro para Barcelona con intento de embarcarse allí para Roma. No se habían de lograr las esperanzas que se fundaban en él, cuando se le destinaba para el Concilio de Trento. Dios nuestro Señor le quería llevar para sí. Aunque sólo contaba cuarenta años de edad, su salud se había debilitado considerablemente por las penitencias y trabajos apostólicos. Ya en Madrid había estado diez días en cama, y aunque sanó, quedaron sus fuerzas muy quebrantadas. En Barcelona recayó peligrosamente, y hubo de dilatar por eso la navegación. Repuesto algún tanto de su dolencia, embarcóse para Italia, y vino á entrar en Roma el 17 de Julio (4), es decir, en la temporada peor del

(1) Adviértase que ni el P. Fabro, ni todavía el P. Araoz, tenían el título de Provincial, el cual fué dado el año siguiente al P. Araoz. Era una especie de superioridad patriarcal, sin título definido. Véanse las palabras con que Fabro anuncia al P. Simón Rodríguez esta mudanza. «El P. Licenciado Araoz, por mandado de nuestro Padre, queda para residir ordinariamente en esta corte, y á él queda encargada toda mi carga. Por amor de Nuestro Señor, que siempre le ayudéis á llevarla.» (*Cartas..... del B. P. Fabro*, t. I, p. 315.)

(2) *Epistolae mixtae*, t. I, p. 270.

(3) *Cartas del B. Fabro*, t. I, p. 319. En esta carta dice expresamente el Beato que se detuvo en Gandía sólo dos días. No pudo, por consiguiente, dar los Ejercicios á San Francisco de Borja, como dijeron algunos autores. Esos dos días dice que «se expendieron parte con los Nuestros, parte (que es cuasi todo) con el duque, y parte con las monjas, á las cuales pedí limosnas espirituales, dando á cada una en particular su consejo».

(4) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 249.

año para entrar en la Ciudad Eterna. Aunque al llegar se mostraba bueno de salud, no había pasado una semana cuando le repitieron las calenturas, y todos se convencieron de que era inevitable su muerte. Recibió devotísimamente los santos Sacramentos, y con aquella tranquilidad de ánimo que siempre le acompañaba, expiró plácidamente en los brazos de San Ignacio el 1.º de Agosto de 1546 (1).

Vivo sentimiento causó en toda la Compañía la muerte del B. Pedro Fabro. Era considerado como el primogénito de San Ignacio y sumamente venerado por la singular prudencia y eminentes virtudes que le hacían muy parecido al santo fundador. No poseía, es verdad, esas cualidades brillantes que deslumbran, no era hombre de facundia elocuente, de fogosa imaginación, de seductores modales; pero la fuerza interior de la gracia suplía en él con ventaja la falta de aquellas prendas naturales. Cuando Fabro descubrió su conciencia á nuestro santo Padre, ya era hombre inclinado á la virtud y había adquirido sólida instrucción eclesiástica. Sobre este buen fundamento la mano diestra de Ignacio levantó un edificio de admirable perfección evangélica, haciendo de su discípulo un modelo del hombre interior y verdaderamente espiritual. Siempre unido con Dios por medio de la oración, dócil á la dirección de la santa obediencia, fiado únicamente en el favor divino, presentábase Fabro en las universidades, en los palacios, en los hospitales, en las posadas, en los monasterios y en todas partes, con aire modesto y apacible, haciendo profesión de hombre espiritual y piadoso. Penetrado como nadie de los Ejercicios de San Ignacio, diestrísimo en la dirección de las almas, producía Fabro un bien inmenso, no con la fuerza del orador que arrastra á las muchedumbres, sino con la sabiduría y suave unción del Padre espiritual, que penetra los corazones y los levanta á la práctica de heroicas virtudes. No fueron muchos sus discípulos, pero sí muy escogidos, pues el primor de este gran maestro no tanto consistía en convertir á los malos, como en hacer perfectos y santos á los buenos.

Mucho le debió la Compañía en España, pues él la dió á conocer en la corte y le granjeó las voluntades de los principales prelados y caballeros de la nación. Bien lo conocía su compañero el P. Araoz, que, poco después de despedirle en Madrid, escribía estas palabras al secretario de San Ignacio, Bartolomé Ferrón: «Lo que Nuestro Señor ha hecho y obrado en estos señores, *qui videntur columnae*, por

(1) Polanco, *Hist. S. I.*, t. I, p. 172.

ministerio del P. Maestro Fabro, porque va allá, casi no lo quería decir; mas creed, Hermano mío, que es notablemente notable, y que está en muy alta opinión de todos; y él es tal, que si lo supiédes por experiencia, como este pobre que queda sin tal Fabro, daríades gracias á Nuestro Señor porque os lo dejara ver. Es un alma llena de misericordias del que es Padre dellas y Dios de toda consolación» (1). Cuando poco después supo Araoz que Fabro se había detenido enfermo en Barcelona, escribió á San Ignacio diciéndole que esta detención debía ser misericordia que el Señor quería hacer á aquella ciudad, porque Fabro era *un instrumento continuo y no ocioso* para hacer bien á las almas (2). Toda la Compañía veneró siempre su memoria como la de un santo. Pío IX le beatificó el año 1873.

8. Quedando solo en Madrid el P. Araoz, continuó afanándose provechosamente en bien de los prójimos. En la primavera de 1546 hizo una excursión á Alcalá, cuyos efectos refiere en estos términos á San Ignacio: «Pocos días ha que yo estuve en Alcalá y prediqué en el colegio mayor y á las infantas con muy notable aplauso y fruto por la bondad del Señor, como pareció luego en confesiones y en algunos del colegio mayor que pidieron los Ejercicios, y otras mutaciones públicas y edificativas que se han hecho, aunque sin yo saberlo, como de andar descalzos y pedir limosna y andar con saco; no siendo escándalo, antes mucha edificación y confusión, por ser tal la cualidad y nobleza y bienes temporales, que aun hoy me han hablado dello. Ultra el sermón á las infantas me mandaron les dijese algunas cosas para su reformación, ó, por mejor decir, instrucción, y me pidieron que les diese en escrito lo que les platiqué, porque eran algunas consideraciones, y queríanlas frecuentar y continuar» (3).

Vuelto Araoz á Madrid de esta excursión, continuó algún tiempo sus trabajos apostólicos; pero pronto hubo de interrumpirlos, por haberse quebrantado su salud con tantas fatigas. Diéronle unas tercianas dobles, y como recayese dos veces, juzgaron los médicos que debía tomar los aires natales para restablecerse. Dispuso, pues, su viaje á Guipúzcoa, y al despedirse de la corte recibió de Felipe II y de otros personajes señaladas muestras de amor. «Escribiendo el príncipe al obispo de Pamplona, dice Araoz, y al corregidor, para que mirasen mucho por mí, me enviaron en una litera harto flaco. Escribiendo asimismo el señor nuncio (que ha sido no sólo mi mé-

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 273.—(2) *Ibid.*, p. 289.—(3) *Ibid.*, p. 289.

dico, más aun, enfermero) para el dicho obispo, partí de Madrid á 2 de Setiembre, y llegué aquí [á Vergara] á los 21, gracias á Dios, con mucha mejoría» (1).

Cuatro ó cinco meses permaneció Araoz en su pueblo natal, repeniéndose de sus achaques y dirigiendo por cartas varios negocios de la Compañía. En las que conservamos, que son las dirigidas á Roma, va dando cuenta, entre otras cosas, de la enfermedad de Millán de Loyola, sobrino de San Ignacio. Este fervoroso joven, admitido en la Compañía en 1541, había terminado sus estudios en París y Lovaina, y enviado á Portugal, se había dedicado con mucho celo á la predicación. Una peligrosa enfermedad del pecho que le sobrevino, movió á los superiores á enviarle á Guipúzcoa. Allí se restableció bastante al principio, y se dió de nuevo á la predicación; pero re-erudeciéndose el mal, arrojó mucha sangre por la boca, y murió tísico por Marzo de 1547 (2).

Otro de los negocios que con más calor se trataron, era el traer de Portugal al P. Francisco de Estrada, cuya fervorosa elocuencia podía hacer prodigios en España y acreditar de paso los principios de la Compañía. «Escríbeme Hernando, dice Araoz á San Ignacio, que D.^a Leonor Mascareñas ha hecho que el príncipe y las infantas escriban al rey de Portugal, y también ella misma, para que nos preste por algunos meses á Francisco de Estrada, según que V. R. me lo mandaba por unas suyas del fin de Julio» (3).

Restablecido de su enfermedad el P. Araoz, volvió á Madrid, y en la cuaresma de 1547 trabajó en Alcalá con grandísimo fruto de las almas (4). Infírese cuán profunda impresión hacía con sus sermones, por lo que cuenta el P. Cristóbal de Mendoza, individuo del colegio de Alcalá, quien dice así: «El P. licenciado Araoz vino á esta villa de Alcalá el sábado antes del domingo de los cinco panes en la cuaresma, y estuvo hasta el domingo de la tarde de Ramos. En este tiempo hizo siete sermones con grande espíritu y doctrina. Casi toda la gente del pueblo le seguía, y tanta gente seguir al predicador aquí en esta universidad, no así fácilmente se ve. Entre ellos, hizo dos [sermones] á las infantas, y decían algunas personas que vinieron por oír al licenciado donde hizo un sermón de la Cruz, y hubo muy notable atención y muchas lágrimas, en lo cual pienso se hizo mucho provecho en las ánimas.... Otro [sermón] hizo en pala-

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 307.—(2) *Ibid.*, pp. 329, 345, 359.—(3) *Ibid.*, página 330.—(4) *Ibid.*, p. 358.

cio á las infantas, y tal fué, que si la gente hubiera conocimiento vero, debía de ir á buscar al P. Licenciado adondequiera que estuviere, para oílo, como hizo la Reina de Sabá por oír á Salomón. Con toda la ceguedad los movió tanto, que dicen que nunca habían visto á la infanta D.^a María tan atenta á sermón, y el marqués decía que nunca tal había oído en su vida, y al fin toda la gente lo mismo, diciendo que más era aquel hombre divino que humano. Ciertamente hasta hoy lo dicen así esas personas, y ciertamente, según mi mal juicio, yo no pudiera creer que tal sermón hiciera, porque fué una cosa admirable. El Señor sea bendito. Al fin tal fué la noticia que de nosotros dió en esta universidad, que donde cuasi estábamos escondidos, quiero decir que no nos conocían, ahora nos conocen tanto, que cuando sale algún Hermano lo van mirando y diciendo: *Ecce ex illis est*. Al que lo hace sean dadas las gracias. Amén.» (1).

En el verano de 1547 fué llamado el P. Araoz á Monzón, donde debían reunirse las cortes de Aragón. Allí pudo tratar despacio con San Francisco de Borja, que era uno de los principales personajes convocados en aquel ilustre congreso. Así en aquella ciudad como en Zaragoza, sembró, como solía, la divina palabra el P. Araoz, y recogió abundante fruto de sus fervorosos sermones (2). En estos misterios se hallaba ocupado cuando le llegó de Roma la patente en que se le nombraba Provincial de toda España. Pero antes de referir este hecho, necesario es hacer alto y declarar los colegios que se habían fundado y los sujetos que se habían admitido en la Compañía, para poder constituir la Provincia de España.

(1) *Litterae quadrimestres*, t. I, p. 147. Creemos necesario advertir que se padeció una equivocación, al publicar esta carta, fechándola en Alcalá, á los 15 de Abril de 1549. No es del año 1549, sino del 1547, como lo prueba evidentemente el hecho de suponer en Alcalá al P. Dr. Torres, solicitado con una cátedra de Sigüenza. (*Ibidem*, pp. 148 y 149.) Este hecho ocurrió en 1547 (*Epistolae mixtae*, t. I, p. 360), cuando el P. Torres, recién llegado de Roma, no era conocido en Alcalá como jesuita. Por Febrero de 1548 ya Torres había salido de Alcalá para fundar el colegio de Salamanca, como lo veremos más abajo al referir este hecho.

(2) *Epistolae mixtae*, t. I, p. 396.

CAPÍTULO V

COLEGIOS FUNDADOS EN ESPAÑA HASTA LA CREACIÓN DE LA PROVINCIA EN 1547.

SUMARIO: 1. Quién era el P. Villanueva.—2. Viene á Alcalá en 1543, y empieza á estudiar gramática con otro pretendiente de la Compañía.—3. Dase forma definitiva de colegio á la casa de Alcalá en 1546.—4. Vicisitudes del colegio hasta el otoño de 1547.—5. Colegio de Valladolid, empezado en 1545.—6. Colegio de Valencia, abierto en 1544.—7. San Francisco de Borja da principio al de Gandía en 1545, y allí empieza la Compañía á enseñar á los seglares en 1546.—8. Origen del colegio de Barcelona en 1545.—9. El P. Araoz es nombrado Provincial en 1547.—10. Estado de nuestras casas al constituirse la Provincia de España.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Cartas del B. Fabro*.—3. *Cartas de San Francisco de Borja*.—4. *Epistolae mixtae*.—5. *Epistolae PP. Bobadillae et Roderici*.—6. Polanco, *Historia S. J.*—7. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—8. Castro, *Historia del colegio de Alcalá*.—9. *Examina Patrum S. J. a P. Nadal collecta*.

1. Al tiempo que se trabajaba en Roma en la confirmación y establecimiento de la Compañía de Jesús, andaba por allí un pobre extremeño, hijo de humildes labradores. Decíase Francisco de Villanueva, y quizá este apellido lo había tomado del nombre de su pueblo natal, que era Villanueva, cerca de Plasencia, donde había nacido el año 1509. (1). Todos sus conocimientos se reducían á leer y escribir, y al oficio de sacristán, que tenía en un pueblo llamado El Losar. El P. Ribadeneira, que fué su connovicio en Roma, nos le describe con los epítetos de «rústico, pobrecito, pequeño de cuerpo, morenillo de rostro, idiota y sin letras humanas, vil y menospreciado en los ojos de los hombres» (2). Ruin concepto nos hacen formar de Villanueva tales calificaciones. Esto no obstante, algo de bueno habría en

(1) Castro, *Hist. del colegio de Alcalá*, l. II, c. I. Algunos hacen dos años más joven al P. Villanueva; pero seguimos la opinión del P. Castro, mejor informado que nadie en las cosas del colegio de Alcalá.

(2) *Hist. de la Asistencia*, l. I, c. I.